

LA MATRIZ DE LA MENTE

En el artículo “Una incursión en la vida intrauterina”, del anterior número de esta revista. Hablaba de las experiencias sensoriales del futuro bebé en el ambiente intrauterino, en las que el feto muestra preferencias y reacciones características que nos hacen pensar en una conciencia rudimentaria antes del nacimiento, como precursora de su vida mental.

En este artículo plantearé algunas ideas sobre como transcurre el proceso de desarrollo del aparato psíquico después del nacimiento. Desde la perspectiva de la relación de una madre (o la persona que realice la función materna) con su bebé.

En este sentido, no es posible describir a un bebé sin describir a la madre que el bebé no ha sido capaz aún de separar de su sentimiento de si mismo.

Cuando un bebé está en el útero, la función de la madre consiste en proporcionar un entorno que conceda al bebé el tiempo que necesita para madurar antes de enfrentarse con la tarea inevitable de la separación física que se producirá al nacer.

Exactamente de la misma manera, el papel de la madre en los primeros meses consiste en proporcionar un entorno en el que pueda producirse una separación psicológica progresiva (aplazada) mientras el bebé se desarrolla como resultado de la interacción entre maduración biológica y vivencias concretas.

El estudio del desarrollo psicológico no es simplemente el estudio del crecimiento de la psique infantil, desde el nacimiento hasta la madurez; es también el estudio del desarrollo de la relación madre-bebé, como una unidad poco diferenciada, hasta convertirse en una madre y un bebé.

La madre en condiciones normales, está innatamente preparada, es capaz en su estado de preocupación maternal en los primeros momentos del nacimiento, de proporcionar al bebé lo que necesita, de la manera que lo necesita y cuando lo necesita.

Es fundamental la idea de que al nacer existe una individualidad en potencia. Y que los cuidados de la madre son suficientemente buenos cuando no interfieren en el desarrollo espontáneo del bebé.

Al nacer el aparato psíquico del bebé no dispone todavía del entorno interno sustentador, es decir, no tiene suficientemente desarrollado su aparato mental. Sus contenidos mentales existen inicialmente dentro de la matriz de la actividad mental y física de la madre. Dicho de otra manera, al principio, la madre como entorno proporciona el espacio mental en que el bebé empieza a crear vivencias. En este sentido la madre y (lo que se está convirtiendo en) el bebé crean una nueva entidad psicológica, un espacio contenedor silenciosamente activo en el que se producen las vivencias psicológicas y corporales, al que podemos llamar matriz psicológica.

Para que ese proceso se produzca de una manera adecuada, la madre ira ayudando al desarrollo psíquico del bebé fundamentalmente de dos maneras contrapuestas. Por un lado retrasando la conciencia de deseo y separación del bebé. Por otro lado salvaguardando la oportunidades que se le presentan al bebé para vivenciar el deseo junto a la conciencia de separación.

Al principio la madre ha de satisfacer las necesidades del bebé y al hacerlo le protege contra una conciencia prematura de separación, cuando su estructura mental aún no está preparada para hacer frente a esa situación.

Pero hay que tener en cuenta que si los cuidados maternos son excesivamente buenos, si se prevén todas sus necesidades y se satisfacen antes de que se vivencien, por ejemplo como apetitos. En estas condiciones al bebé se le roba la vivencia de deseo, y si se le anula su deseo potencia, no se puede sentir sujeto él, ni objeto para su madre. Es este sentido podemos decir que todavía no existe como bebé diferenciado de su madre. Por lo tanto si la madre se anticipa, si el entorno protector es “demasiado bueno” durante demasiado tiempo. Se corre el riesgo de que se tapone la posibilidad de que el bebé pueda vivir sus deseos y sus sentimientos como propios. De que se impida la vivencia de una frustración dosificada, de la ansiedad tolerable, del conflicto. Con el resultado de que no desarrollará los medios para cuidar de si mismo, no permitirá que pueda desarrollarse psíquicamente para manejarse con la realidad. No permitirá el reconocimiento de que algo falta y que así surja la demanda para superar esa falta.

Decir sobre esto, que las propias vicisitudes de la realidad determinarán que haya momentos de frustración, en los que no se satisfagan de forma inmediata las necesidades del bebé. Y así surgirán sus deseos de paliar ese déficit. Todas estas cualidades de las vivencias, frustración, deseo, ansiedad, conflicto, introduce diferencias. Si se produce a un ritmo e intensidad tolerables para el bebé, va instalando la idea de un objeto (madre) diferente a él.

Este proceso vivencial que ayuda al bebé a estructurar su mente depende por tanto, del éxito de la madre en posponer (y, sin embargo, conservar) la conciencia de los deseos conflictivos, hasta, y no más allá, del punto en que el bebé vivencia sus sentimientos como propios. Una vez que se ha empezado a consolidar el sentimiento de si mismo, las vivencias pulsionales (impulsos, deseos) sirven para centrar y organizar la sensación que el bebé tiene como autor de sus vivencias. Nuestro ser toma forma concreta en el proceso de sentir y actuar de acuerdo con nuestros propios deseos.

Pero para una adecuada diferenciación del bebé respecto a su objeto materno, es necesario que interiorice, incorpore esa función materna.

Durante el primer periodo de vida el bebé vive sentimientos de ansiedad muy intensos que se presentan en un momento en que su organización mental es del todo insuficiente para hacerle frente. Surgen sensaciones caóticas y sin sentido que el aparato mental del bebé no puede metabolizar y es la madre que tiene que realizar por él la función de acoger las ansiedades, desazón, llantos y gritos del bebé y devolvérselos dándoles un sentido a través de la palabra, del contacto físico y emocional, de la presencia y de la capacidad de espera.

Si las ansiedades del bebé encuentran una madre afectuosa y comprensiva, que recibe y recoge esas ansiedades, las metaboliza y con su contacto emocional se las devuelve desintoxicadas, haciéndoselas más soportables. La madre consigue de esta manera transformar las sensaciones intolerables en una experiencia emocional tolerable para el lactante. Y en función de este proceso, las angustias del bebé serán transformadas en algo apto para ser representado mentalmente.

Un ejemplo es la forma de reaccionar ante el llanto del bebé. De una madre que congándolo en brazos, le habla de una forma cariñosa: pobrecito, no pasa nada.

En contraposición a una respuesta de dificultad para tolerar la angustia del bebé: ¡que le pasa a este!, ¡cállate!.

Si esto es así el niño vivirá la experiencia de sentirse acogido, contenido por la madre y puede introyectar una relación basada en la tolerancia a la frustración y a la incerteza.

Es esa experiencia repetida de contención y de atribución de significado por parte de la madre, lo que permite que se instale en el lactante una capacidad de desarrollar y digerir nuevas experiencias, de regular la percepción y asimilación de las experiencias sensoriales y emocionales haciéndolas utilizables.

Este vínculo introyectado es el que formará la matriz del pensamiento. Permitirá al bebé el sentimiento de un objeto interno bueno, que le capacitará para poder experimentar sentimientos de confianza, esperanza y seguridad.

Estos sentimientos son los que permitirán al bebé hacer tolerables los momentos de conflicto y frustración (función para la cual en un principio dependía en gran parte de la madre), tener capacidad para esperar cuando sus necesidades no son satisfechas.....

En definitiva, avanzar en el proceso de gradual diferenciación respecto de su madre, que pueda sentirse como formando parte de la madre y también poco a poco como diferente de ella. De esta manera se irá generando su propia matriz mental.

Ahora bien, si se produce una ruptura prematura del entorno protector proporcionado por la madre, si se da un fracaso grave y prolongado del entorno protector suficientemente bueno. El bebé se convierte demasiado pronto en una criatura que tiene que reaccionar frente al medio y terminará por encontrarse en un estado de caos que determinará el surgimiento de estructuras defensivas rígidas. Lo inadecuado de la atención maternal es solo una de las causas posibles para el fracaso del entorno protector. Entre otras causas destacadas figuran el nacimiento prematuro, la enfermedad física del bebé, su sensibilidad por encima de lo corriente y la “falta de acomodo” entre el temperamento de una madre determinada y un bebé determinado.

Destacar finalmente la importancia de la capacidad para tolerar la frustración del bebé, capacidad que se considera en sus inicios un factor innato en la personalidad del bebé y de gran importancia en la formación del pensamiento.

Si la capacidad de tolerar la frustración es suficiente, el bebé puede tolerar la brecha de la frustración que se produce entre el momento en que se siente un deseo y el momento en que la acción adecuada para satisfacer el deseo culmina en su satisfacción. La capacidad de tolerar esa frustración permite a la psique desarrollar pensamientos como medio por el cual a su vez la frustración que es tolerada se hace mas tolerable.

Por último comentar que mas adelante en su desarrollo, el bebé ya no depende de la madre como matriz de sus contenidos psicológicos, porque ya está en condiciones de proporcionársela él mismo en gran parte. No por ello, sin embargo, ha terminado su dependencia de la madre; tan solo ha tomado una nueva forma. Ahora el bebé depende de la madre como objeto, a la que está en proceso de descubrir.